

Ontromus

Ontromus

Celia Corral Vázquez

Primera edición, 2014

© Celia Corral Vázquez, 2014

© Triskel Ediciones, 2014

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-943146-1-2



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB

41009, Sevilla, España

Triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

A mi Detalle, a quien siempre supe que dedicaría mi primer libro.

Gracias por hacer que fuera Posible

Una vez más voy a su encuentro. Aún no puedo verla, pero ya percibo la sutileza de su aliento en el entorno. La oigo susurrar, la confundo con las sombras. Creo ver el fulgor de sus ojos en cada resquicio. Demasiado tiempo ha estado mi consciencia acuchillada por sus garras, inmovilizada, sometida a la voluntad de ese monstruo que me salvó de la perdición.

Ontromus, ¿acaso puedo separar mi existencia de la tuya?

Una vez más voy a tu encuentro; puede que esta sea la última.

PREFACIO

—Anoche soñé que volaba... Saltaba desde muy alto y sentía mi cuerpo caer.

La confesión se escurrió de mis labios sin pensarlo, descansando aquella mañana al borde del hondo barranco de las afueras. Evoqué aquel sueño al contemplar el riachuelo que fluía a los pies del abismo sobre el que solíamos sentarnos, lo bastante profundo como para hacerme recordar la punzada angustiante de la pesadilla, de aquel salto al vacío.

La respuesta mordaz de Ontromus no tardó en llegar, haciendo trizas todo posible misticismo:

—¿Y despertaste cuando tus sesos se estrellaron contra el suelo?

Esboqué una mueca seca, una parodia de sonrisa. En poco más de un mes harían ya nueve años desde que la conocí, nueve años conviviendo con su presencia casi a diario, y su humor me resultaba demasiado familiar como para lograr sorprenderme.

—No me acuerdo —murmuré hundiendo la mano en la tierra, sintiendo el cosquilleo de la arenilla entre mis uñas. Agarré una piedra del suelo, un pedazo suelto del risco sobre el que permanecía sentada. Mientras jugueteaba con ella entre las manos, cavilé en voz alta—. Solo recuerdo el momento del salto y luego una caída sin final. Y, aunque tenía la esperanza de remontar el vuelo de un momento a otro, en el fondo sabía que iba a morir.

—Es lo que tienen los sueños —el murmullo reverberante de Ontromus sonaba suave y frío, como lo era siempre que se encontraba serena—. Son un torbellino de retazos del subconsciente. Nos hacen sufrir, nos torturan mostrándonos vívidamente deseos que nunca se cumplirán o hacen que perdamos el tiempo reflexionando sobre cosas absurdas. —Se hizo un breve silencio que ninguna de las dos interrumpimos. Luego, con una rotunda seguridad, declaró—. Pero Estela, tú no estás preparada para saltar al vacío.

Las manos me temblaron un instante a causa de tan tajante afirmación y la piedra se me escapó de entre los dedos, cayendo al arroyo y perdiéndose en el agua turbulenta. Titubeante, alcé los ojos hacia la mujer sentada a mi lado, quien me devolvía la mirada con la misma expresión febril y perturbada que parecía estar siempre presente en sus pupilas, a la espera de una señal que las hiciese arder en un instante de máxima locura y bestialidad. Como un depredador paciente, un detonador inestable, un monstruo que permanece en mansedumbre hasta que el hambre desata sus instintos más salvajes.

La verdad, horrible si me detenía dos segundos a pensar en ella, era que realmente estaba sentada junto a un monstruo oculto bajo una piel humana.

Parte 1

Juego de doble sombra

CAPITULO I

Jamás había sabido si existía un nombre para denominar a las criaturas como Ontromus; de hecho, ni siquiera tenía la certeza de que en el mundo hubiera más como ella. Era sigilosa e implacable, capaz de desaparecer a placer en cualquier instante. Ninguna persona corriente podría jamás llegar a notar su presencia a menos que ello formara parte de sus intenciones. Era tal su habilidad para enmascarar los sentidos que no existía forma humana de anticiparse a sus actos. No obstante, a pesar de su escurridiza fisonomía, aún no había encontrado en todos aquellos años ninguna barrera que su fuerza no pudiera derribar.

Yo la había conocido en el apacible ámbito de su vida cotidiana; había visto cómo se alimentaba, tal y como lo haría cualquier otra persona, e incluso había llegado a verla dormir. Podía caminar entre la multitud sin que nadie reparase en su extraña aura, sin despertar sospechas ni generar celos. Nadie podría atisbar su naturaleza paranormal cuando se comportaba con moderación, puesto que era, a los ojos, una simple mujer adulta.

Nadie podía descubrirlo excepto quien estaba a su lado cuando el ansia hacía que Ontromus perdiese el control.

Yo había estado con ella en muchas de esas ocasiones. Había presenciado su cacería, su ritual de muerte para saciar su hambre voraz. Ella misma me había confesado más de una vez que no era algo que hiciese por supervivencia, pues no era ciertamente ninguna necesidad fisiológica. Se trataba de una adicción enfermiza, una droga que la hacía sentirse viva y poderosa. En ella residía, y no en su aspecto, su rotunda condición de monstruo.

Cada vez que la urgía esta acuciante dependencia, Ontromus huía de mi lado y se adentraba en las sórdidas entrañas de los peores barrios que albergaba la noche urbana. Solía preferir estos rincones infectos, ecosistemas de despojos sociales

deambulando en busca de alicientes. Ella parecía sentir una especial predilección por esas almas descarriadas; tal vez consideraba que pocas personas las echarían en falta. Mera cuestión de estrategia, sin un asomo de empatía o contrición.

De esta forma, cuando la necesidad apremiaba, Ontromus se deslizaba hacia algún oscuro callejón de mala muerte u otro lugar poco transitado y, fuera de la vigilancia de cualquier testigo, acorralaba al primer incauto que osase acercársele.

Para desgracia de la víctima, la droga de Ontromus no era ninguna sustancia física que se pudiera comprar o vender; la única forma de conseguirla era robarla o, como Ella diría, sustraerla.

Lo que Ontromus deseaba tan salvajemente, por encima de todo raciocinio, era absorber vidas humanas.

Yo he estado ahí a menudo. ¿Cuántas veces la habré acompañado en sus salidas, aun conociendo la fatalidad con la que solían concluir? He contemplado docenas de veces cómo, lentamente, el monstruo agarraba a su víctima y sin vacilar, sin perder un sólido contacto visual con ella, la sumía en un profundo sueño del que no despertaría jamás, abandonando luego su cuerpo inerte en el asfalto. Ontromus no mataba de forma sádica ni dejaba otro rastro que un yacente cadáver petrificado; pero la última expresión de inmensurable angustia de las víctimas fallecidas en aquel festín inhumano dejaba en evidencia la crueldad de sus actos.

Pero Ella no podría evitarlo; estaba en su naturaleza. No sentía remordimientos ni dedicaba segundos pensamientos a este hecho; para Ella matar era como el respirar para cualquier ser vivo. Asesinaba y exprimía vidas como la serpiente muda de piel, como el oso hiberna con la llegada del frío. A cambio de las vidas cobradas, como si de una macabra fuente de la juventud se tratase, la bestia parecía recobrar nuevas fuerzas y alimentar así sus años de longevidad —los cuales, por lo que yo había logrado entrever en sus escuetos comentarios, no eran pocos al parecer.

¿Por qué yo nunca, en todos nuestros años de convivencia, había sido el blanco de su hambre? Jamás llegó a contarme la razón con palabras explícitas, aunque yo tenía la certeza de que nunca me haría daño. Un vínculo parecido a un afecto maternal la mantenía cerca de mi presencia.

Ontromus vino a mí en mis más oscuras horas de soledad, en aquella época en la que yo apenas había empezado a dejar atrás mi niñez: la conocí durante esos días en los que me encontraba aún deambulando por el yermo sendero de agonía que recorren quienes acaban de perder a un ser querido. La muerte de mi madre fue una tragedia súbita e inexplicable. Mi vida quedó de pronto desprovista de un soporte indispensable, de un apoyo pétreo cuya ausencia nunca antes me había acercado a imaginar.

Con el paso del tiempo, la madurez me ha brindado una visión más clara de lo que sucedió con aquel incidente. Mi padre y yo, de pronto completamente solos, no llegamos a comprender hasta qué punto mi madre constituía el pilar principal de nuestra familia, el que sostenía con mano firme la estabilidad de nuestro hogar en la mayoría de los sentidos, hasta que nos abandonó para siempre. Mi padre, que debió imponerse a la tempestad y proteger nuestras vidas del descontrol que tan de cerca nos acechaba, se extravió en su dolor por la pérdida. No supo aceptar la carga que suponía el ejercer como padre único de una huérfana de madre; las riendas de la familia se le escaparon y ni siquiera supo mantener su propia vida en pie. Reflexiones sobre las circunstancias de la muerte de su mujer envenenaban sus horas, carcomían su consciencia e instauraban oscuras ideas paranoides cada noche en los recovecos de sus cavilaciones.

Yo era muy joven, casi una niña aún, y no comprendía nada de esto. Lo único que veía ante mí era un hondo vacío en mi vida y ninguna mano a la que poder aferrarme para no caer en él, mientras que el que hasta entonces había sido mi querido padre me daba la espalda y se enclaustraba en sus propias tormentas.

Nunca olvidaré la noche, durante aquellos primeros días de recuerdos enturbiados por las lágrimas, en la que una dulce voz susurrante que entonaba una

dulce nana junto a mi cama me despertó. Abrí los ojos y allí hallé a Ontromus por primera vez, sentada al borde del colchón y mirándome largamente sin detener su cántico confortable. La recuerdo entonces con la misma apariencia exacta de siempre, inalterable pese al paso del tiempo, sin siquiera arrugas en la piel blanca como una máscara de porcelana y con el mismo pelo oscuro y largo, tanto que cubría por completo su espalda. Y, sobre todo, la misma mirada, la misma que continuó atormentándome incluso en su ausencia.

Por alguna razón, aquella mirada no produjo miedo en mí esa noche. La aparición del monstruo en mi habitación fue más un consuelo que un motivo de alarma. Ni siquiera me molesté en preguntar por su identidad: lloré y sus manos secaron mis lágrimas. Sollocé y sus brazos me rodearon mientras me aferraba a ellos. Me acunó, acarició mi pelo y cantó para mí durante largas horas. Por primera vez en días, dormí profundamente en su regazo.

Solo cuando desperté y me encontré aún resguardada en el abrazo de aquella mujer me atreví a quebrar ese idílico escudo de cristal, ese periodo de consuelo reconfortante sin explicación lógica, para volver a encontrarme con mi sentido de la realidad. Le pregunté quién era y su respuesta tardó varios segundos en llegar.

«No quieras saber eso», murmuró. «He sentido que me necesitabas y por eso estoy aquí. Vuelve a dormir; aún es temprano».

No conforme con ello le pedí un nombre, y un «Ontromus» suave como un suspiro fue su respuesta. No era capaz de apartar mis ojos de los suyos. Sus caricias por mi cuero cabelludo me mantenían parcialmente en el agradable trance del que ahora intentaba despertar. Revolviéndome contra el sopor, insistí en cuestionarle quién era y cómo había aparecido en aquel lugar, como surgida de la nada.

Fue en ese momento cuando descubrí que el magnetismo de los ojos de Ontromus se debía a una sobrecogedora naturaleza subyacente bajo sus dulces gestos. Fue aquel el momento en el que sentí una inminente necesidad de zafarme de su

abrazo, que de pronto se me asemejó más a un firme aferramiento posesivo. Fue aquel el instante en el que descubrí al monstruo que yacía junto a mí.

«Soy algo que no comprenderías», susurró atravesándome con sus pupilas de acero, «soy algo que no necesitas saber».

A partir de entonces, Ontromus empezó a venir a menudo. Aparecía casi a diario en mi dormitorio, la fortaleza que me aislaba de un mundo que me venía grande, y se quedaba junto a mí durante todas esas horas que, de otra forma, habría pasado en soledad. Hablábamos largo y tendido; charlábamos sobre cualquier cosa, sobre todas las ideas que con nadie más podía compartir y que necesitaba sacar a la superficie. Hablábamos sobre cómo solía ser mi padre y sobre el extraño en el que se estaba convirtiendo; a menudo abordábamos el tema de mis disputas en mi nuevo instituto, de cuán ajena me veía a mí misma respecto al resto de los compañeros, del extraño muro que me alejaba de sentir afinidad con sus bromas crueles y sus insípidos temas de conversación. También charlamos acerca de mi frustración por mi repentino fracaso académico, seguramente provocado por la falta de interés en cualquier materia de cuantas intentaban introducir con calzador en mi entendimiento; este ya se encontraba ocupado por demasiadas horas de reflexión silenciosa lejos de operaciones matemáticas y análisis sintácticos, y más cercano a estrategias para sobrevivir al rechazo del colectivo adolescente. Ontromus escuchaba incansablemente; no compartía mis inquietudes juveniles, pero (lo que para mí era más importante) las comprendía y respetaba. Las horas se volvían minutos en su compañía.

A pesar de que no tardé en tener consciencia de su impactante secreto — prácticamente desde el primer día —, la necesidad de una figura que me amparase en mitad de aquellos días de oscuridad, en los que aún no había podido recuperarme del enorme vuelco que había dado mi universo, se impuso sobre la inquietud de compartir mis horas con una criatura como Ella.

En todo momento evité (y con el transcurrir de nuestras conversaciones pude comprobar que Ella también) hablar sobre mi madre. Una voz acallada por un terrible miedo —miedo a perder a mi fuente de bienestar, miedo a volver a encarar la fría soledad; miedo, en general, a hacer frente a la verdad— se encargaba de recordarme, cada vez que la conversación se aproximaba peligrosamente al tema en cuestión, las extrañas circunstancias que rodeaban la muerte de mi joven madre, tan cercana en el tiempo al día que Ontromus apareció en mi vida. Por voluntad propia puse una venda sobre mis ojos y me arrojé a los brazos protectores del monstruo.

Tal vez, en el fondo y más allá de otros motivos, el terror que Ontromus producía en mí era tan profundo que jamás pensé en intentar alejarla de mi lado.